

Historia de un periodista

Manuel Izquierdo



LA cárcel de Santa Rita estaba situada en Carabanchel. Concretamente en Carabanchel bajo, pues hasta 1936 existían «los Carabancheles», es decir, el Bajo y el Alto, uno con 30.000 y el otro con 7.000 habitantes, respectivamente. La fama de Carabanchel venía desde que Ricardo de la Vega y Tomás Bretón le habían aireado en su «Verbena de la Paloma». Entonces las corridas de toros eran el tema más importante en las esperas de barberías y en los portales y tiendas de zapateros remendones, quienes colgaban en ellos los carteles anunciadores de la próxima fiesta. Vista Alegre, el coso carabanchelero, brillaba en turno con las plazas de Madrid y de Tetuán.

Manuel Navarro Ballesteros (con camisa blanca), entre los combatientes.

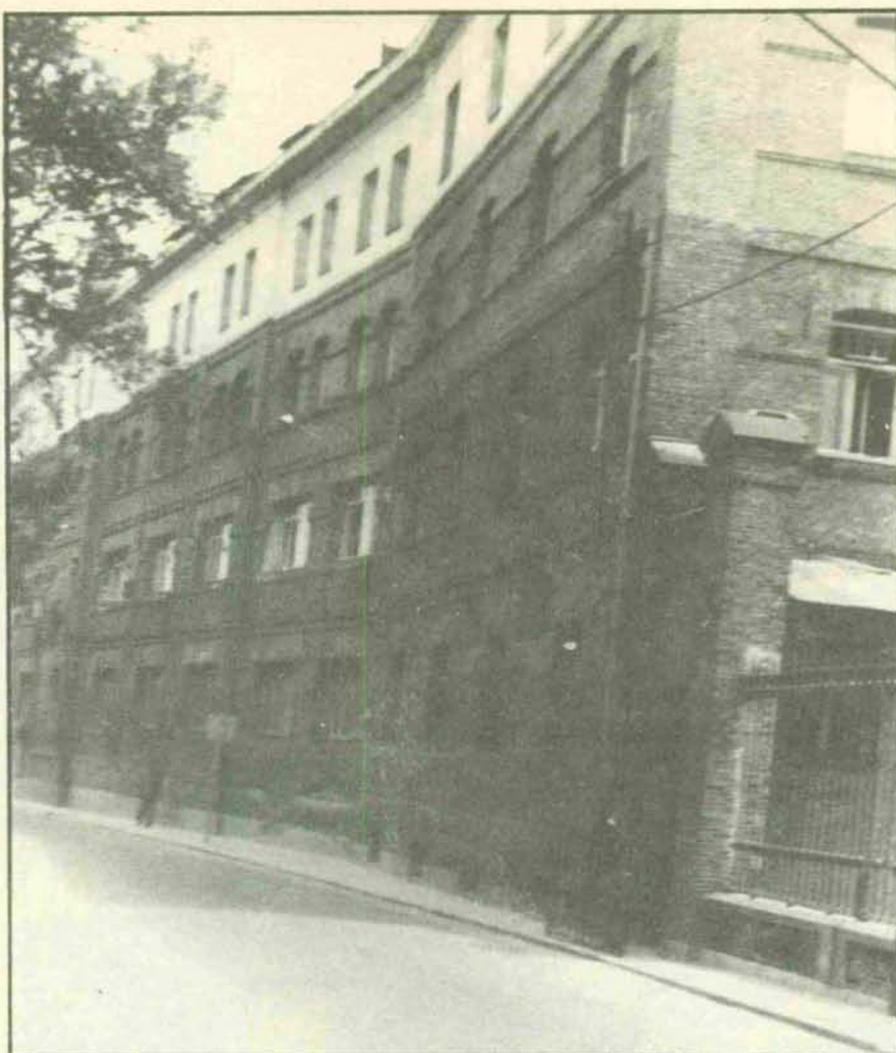
NUNCA había tenido Carabanchel el sambenito de «carcelario» hasta 1939. En el siglo XIX existía la cárcel del Saladero por Embajadores y Lavapiés. Fue en ella donde pasaron sus etapas de detención los Pablo Iglesias, los García Quejido y tantos otros. Aquella prisión fue derruida y reemplazada por la Modelo de la Moncloa, en la confluencia de las calles Princesa, luego Blasco Ibáñez y la de Moret. Por aquí se fijaron las líneas de combate desde noviembre de 1936 hasta el fin de la guerra. Al acabar ésta, toda la edificación estaba destruida por la aviación, por la artillería y los morteros.

En los planes de «reconstrucción», preestablecidos en Burgos antes del 1 de abril, entraban en primer lugar los campos de concentración y las cárceles. A Carabanchel tocaron dos en suerte: Santa Rita y Príncipe Pío. Este lugar fue habilitado entonces: Santa Rita se prestaba más, por su afectación anterior, al menester destinado. Había existido allí un reformatorio para jóvenes delincuentes y la evocación del mismo, así como de sus frailes descalzos, regentadores de celdas y correas de castigo para muchachos descarriados, era toda la visión negra de Carabanchel.

La prisión de Santa Rita permaneció en el papel asignado por Franco hasta el momento en que decidió construir una nueva cárcel para Madrid. A este efecto fueron destinados los presos que quedaban en aquélla. En marzo de 1944 una expedición conducida por la Guardia Civil trasladó el contingente de detenidos en Porlier a la nueva prisión de Carabanchel, todavía no terminada.

TRANSITO

En el locutorio de Santa Rita y separados por dos rejas, un hombre gritaba desde el in-



Antiguo reformatorio de Santa Rita, convertido en Prisión en abril de 1939.

terior a su interlocutora entre los atropellos y voces de detenidos y visitantes. Respondía con un gesto de cabeza elocuente y rotundo. Los dos o tres minutos disponibles en la comunicación empujaban a la precipitación mutua:

—Di a tu marido —habló el preso— que siga como hasta ahora... ¡Y que tenga más suerte que yo!

Aquella escena anunciaba el final de algo que había comenzado en el puerto de Alicante dos años antes. Concretamente, desde que la división Littorio desfilara ante él. Ese «algo» para el encarcelado, el periodista Manuel Navarro Ballesteros, constituía la etapa final de su vida. Podía arrancar ésta del momento en que escuchaba, sentado, al pie de una montaña de lentejas levantada sobre el muelle. Allí, bajo el

segundo cobertizo, estaba reunido con una cuarentena de personas.

En tal momento, el parapeto de sacos terreros, existente a comienzos de la estancia de la multitud en el puerto, estaba medio derruido. Los centinelas y las dos tanquetas «de Sendin», antes apostadas allí, habían desaparecido. La evacuación iba ya avanzada.

En la cima de la colina alguien hablaba. Navarro miraba de tanto en tanto al mar o llevaba su vista hacia el suelo para empujar un puñadito de leguminosas. Escuchaba. Estaba de espaldas a quien hablaba, en realidad a todos los demás. Sabía como iba a terminar aquello. No se inmutó al oír:

—... y ahora vamos a salir todos... Cada uno por su cuenta.

Lenta, ya casi separadamen-



La Puerta del Sol, 14 de abril de 1931.

te, los reunidos echaron a andar. Les fueron siguiendo los rezagados. Navarro marchó en la columna Paseo de las Palmeras adelante. Las aceras estaban ocupadas por militares, falangistas y legionarios. Un gran chalet se alzaba antes de alcanzar el viraje de la carretera. Tenía una amplísima terraza, a la altura de su primer piso, que terminaba en balustrada. Tras ella, unas doce o quince mujeres de todas las edades miraban el paso del convoy inmóviles, en silencio. Lloraban, lloraban...

A la caída de la noche, el Campo de los Almendros ha-

bía tragado el contingente del puerto, fuera de mujeres y niños conducidos a cines de la ciudad. En cuanto venían las sombras tableteaban las ametralladoras para desalentar intentos de fuga y, a veces, contra evasiones reales. Un chusco y una latita de sardinas para cinco se repartía de madrugada como ración para una jornada. Los intermitentes e intensos aguaceros alternaban con un cálido sol durante el día. Cuarenta y ocho horas correspondió a los italianos la guardia del campo. Los soldados, los mismos sargentos, demostraban haber recibido consignas

de aparecer amables. Alguno de éstos traspasó unos metros su línea de vigilancia y habló a quienes estaban cerca de él:

—Esto —les dijo al aludir a los campos de prisioneros— va a terminar. Ahora, en seguida, fuera... Y sin tardar... todos juntos ¡a Moscú!

Se rumoreaba la evacuación. Navarro apareció por entre los grupos, ante «tiendas» y agujeros de los taludes. Al reconocer a alguien se paraba brevemente:

—Ya nadie conoce a nadie —repetía— y nadie sabe nada de nada.

EL PRISIONERO Y EL PRESO

Pasado el Puente de Toledo observó Navarro, desde el camión que le conducía a Santa Rita, a muchachos que se movían alrededor de la antigua escuela y que, por el uniforme, se dirían soldados. Eran, simplemente, «prisioneros», pero de otra categoría que los aparcados en el Campo de los Almendros, en la Plaza de Toros de Alicante y en la de Valencia, en el Castillo de Santa Bárbara, en Albaterra, sobre el terreno que más tarde sería el estadio Bernabeu, en el campo de fútbol de Vallecas. Aquellos jóvenes estaban en edad militar; procedían de la que había sido zona republicana y eran agrupados en compañías de trabajo. Sobre ninguno de ellos había recaído «denuncia». A pesar de lo cual nunca fueron encuadrados en unidades regulares. No merecían confianza a los vencedores.

Navarro había continuado en calidad de «prisionero», estilo parte de Franco de 1 de abril de 1939, en el Campo de Albaterra. Fue este infierno, de todos los campos de concentración surgidos en aquellas fechas, el más terrible, prolongado y en el cual los internados encajaron los mayores sufrimientos en cuanto a alimentación, a la falta de agua, de hi-

giene, a las torturas físicas y morales prodigadas por guardianes falangistas y moros, por los fusilamientos a causa de fugas, por las delaciones... Porque con todo el tiempo por delante ya que «aquello era para siempre», los cancerberos de Albatera utilizaron a fondo visitas de «reconocimiento» y algún que otro débil. De estos procedimientos fue víctima Navarro Ballesteros, quien, al ser señalado, se le trasladó a Madrid.

Junto con Navarro condujeron a la capital a otro periodista. Durante su interrogatorio los inquisidores bromeaban porque con su carácter, el uno de redactor-jefe y el otro de director de periódicos, «ya tenían bastante». Les hicieron «comulgar» según las convicciones respectivas. Al uno le obligaron a comer una foto de José Díaz y al otro la de Buenaventura Durruti.

Navarro Ballesteros fue separado de su colega de profesión. Así, al enfilarse el vehículo

la calle de General Ricardos, recordó aquel la última vez que por allí había estado. Fue en los primeros días de noviembre de 1936 cuando después de «trasladarse al frente en tranvía» recorrió el camino entre las gentes que a toda prisa se afanaban en abrir trincheras y establecer puntos de resistencia. Veía los edificios desventrados, con muros enteros caídos, al parecer deshabitados. A la altura de Alejandro Sánchez, donde hubo un cine, quedaba el gran agujero dejado por la guerra de minas. Por allí empezaba la que había sido «zona nacional». Inverosímilmente estaba en pie la casilla de peones camineros con sus conocidos letreros: «A Carabanchel Bajo, 1 km.», «A Leganés, 8 km.».

LA PRENSA DESDE LEJOS

Ya en Santa Rita pudo Navarro Ballesteros contemplar

el panorama periodístico madrileño. Habían desaparecido los diarios «Heraldo de Madrid», «La Voz», «El Sol», «El Socialista», «Claridad», «CNT», «Castilla Libre», «Ahora», «Política», «Mundo Obrero», el semanario «Estampa», las agencias AIMA y la oficiosa «España». Edificios, talleres y bienes incautados por los franquistas. Estos seguían usando el expeditivo procedimiento practicado desde el 18 de julio, ahora «legalizado» por la llamada ley de prensa dada en Burgos en 22 de abril de 1938. Sólo se había salvado del desmoche los títulos «Informaciones» y «ABC», el primero a base de una redacción afecta a los vencedores y el segundo con su signo monárquico tintado al presente de vasallaje al franquismo. A la reaparición del pío «Ya» se añadió la publicación del falangista «Arriba».

Como en las demás profesiones se crearon en Madrid los juzgados para entender en las



Madrid. La Junta Delegada de Defensa del 7 de noviembre de 1936. El consejero titular de Abastos, representante de la UGT, Pablo Yagüe. (El cuarto por la izquierda.)

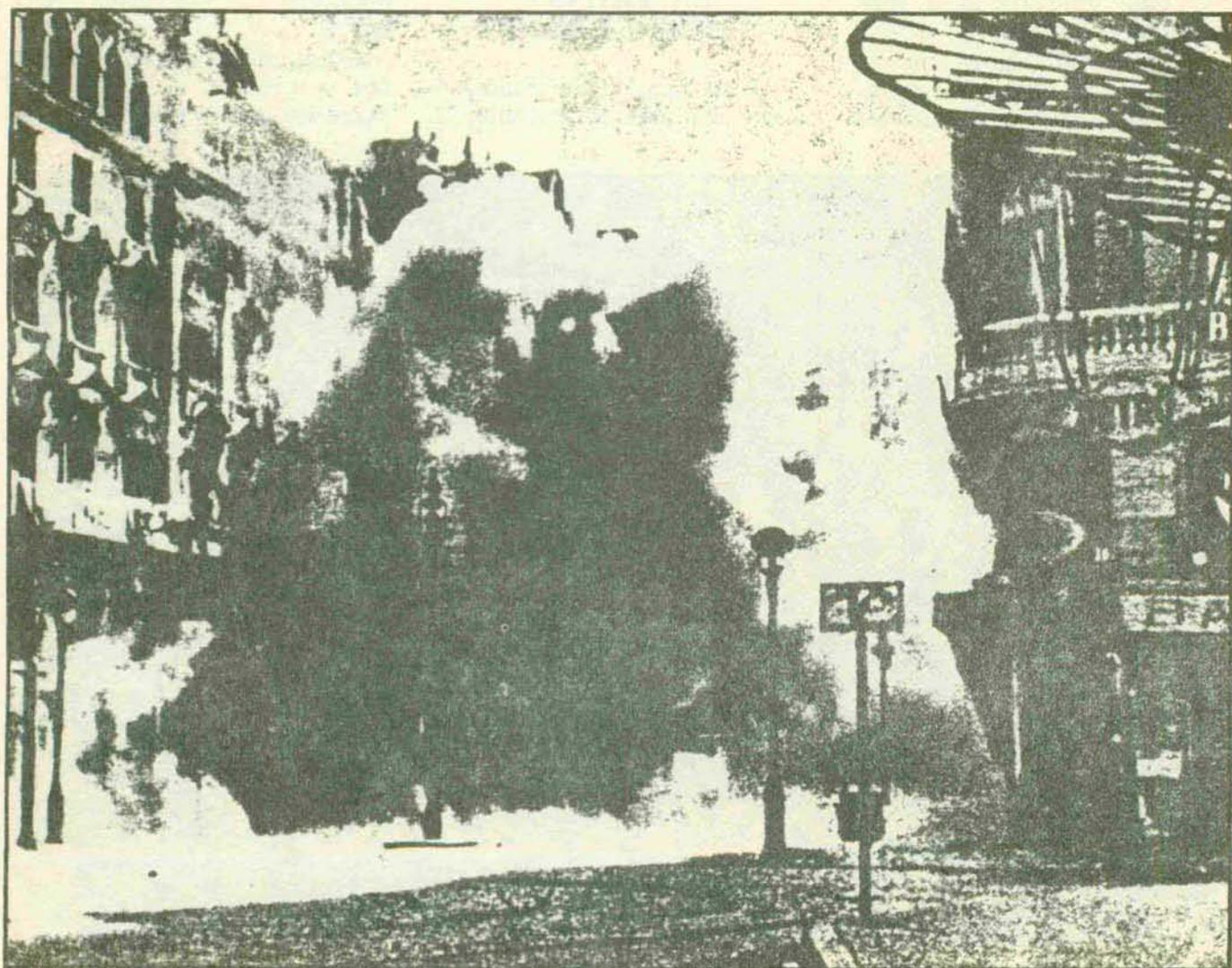
causas de los personales de redacción, administración y talleres de las distintas publicaciones, ya suprimidas a no. Empezaron las detenciones. Iba conociendo Navarro el paradeo de algunos colegas: Robledano, el dibujante de «Claridad» y presidente de la Agrupación Profesional de Periodistas, estaba en la cárcel de Atocha; Diego San José, en la de Porlier; el dibujante y pintor Ramón Puyol... Los periodistas en activo eran nuevos. Los que ejercían hasta marzo de 1939 y que no fueron detenidos se habían apartado ellos mismos de su oficio como mal menor. Nada podían esperar profesionalmente. Además del juzgado de prensa funcionaba una comisión depuradora para aquellos que no tenían «denuncia» a la que se diera carácter «penal».

Fueron así raros los ya muy viejos periodistas que no fueron barridos.

Uno de esos raros supervivientes de la prensa fue Joaquín Llizo. Era de los más antiguos redactores de «El Sol», donde ya ejercía durante la monarquía. En aquel 1939 se publicó una pequeña nota: «Ha muerto uno de los nuestros». Ese era Llizo. Durante la guerra había permanecido en su mismo periódico donde siempre fue respetado; él se había mostrado leal. Más aún. Todo el mundo recordaba su actitud durante el Gobierno Berenguer. Destinado entonces a hacer información en la Presidencia, se encontraba allí a la salida de un consejo de ministros con el grupo de colegas que aguardaban al jefe del Gabinete. Salió el general y

entonces Llizo, muy ostensiblemente, elevó su brazo a la vertical y disparó la única bala de fuego que llevaba la pistola empuñada. Se dejó sujetar y detener sin la menor resistencia al tiempo que decía dirigiéndose al general Berenguer: «¡Protesta incruenta contra el régimen que Vos representáis!» Previamente había devuelto su carnet del periódico a la dirección del mismo por medio de un continental. Y así, Joaquín Llizo, que no fue fusilado, ni detenido, ni apartado de la profesión fue «recuperado» a través de una nota necrológica.

Los ataques contra los «rojos» en «ABC» no tenían comparación con el tronar casi semanal de Francisco Casares con sus artículos-ladrillo en «La Hoja del Lunes». Entre el



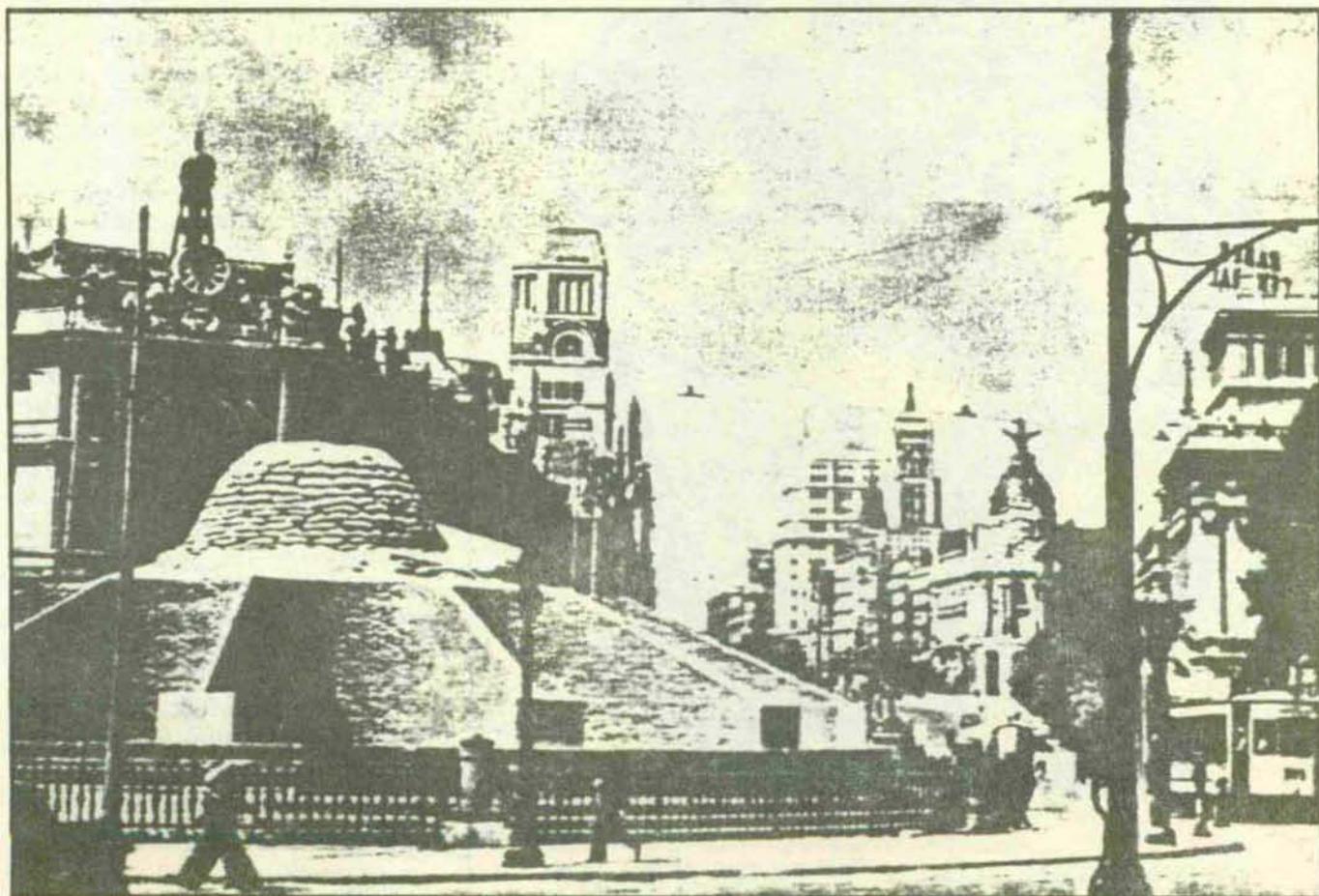
La Gran Vía madrileña bombardeada.

5 de mayo y el 6 de noviembre de 1939 lanzaba no menos de 17 grandes asaltos «a los que lo han sido», «contra los que no se han enterado», se refería a que eso «del perdón y del olvido» ni hablar. Sus disparos periodísticos tenían por blanco a funcionarios y empleados de empresas privadas, a quienes le embargaba «la nostalgia del hogar perdido». El fondo de su ofensiva era *solamente* que hubiera represión, más represión y siempre represión. ¿Los periodistas? Precisamente por ellos había empezado en abril el semanario que monopolizaba la información matutina de los lunes.

En tal ambiente «de la calle» pasaron para Navarro los meses en Albaterra y Santa Rita. Pero forzosamente su mundo había dejado ya de ser la prensa. Para él, personalmente, todo se jugaba en los trámites del juzgado, en las vicisitudes de su expediente, en el reflejo



José Díaz.



Madrid. Protección levantada alrededor del monumento a la Cibeles contra los bombardeos artilleros.

que los acontecimientos generales pudieran tener para el mismo, en el consejo de guerra que le condenó a muerte, en la elevación de su sentencia a las altas y decisorias instancias.

LAS UNIVERSIDADES

Nació Navarro Ballesteros en Villarrobledo, pueblo de la provincia de Albacete. Hasta los años veinte se fabricaban allí, como en el no lejano Mota del Cuervo (Cuenca), las tinajas, en que habrían de ser elaborados y almacenados los vinos. A este efecto se extraía la tierra de unas zanjas profundas, llamadas «barrerros», en cuyo estado último quedaron al sustituirse aquel medio de producción por el nuevo del cemento armado, traído por obreros de

Agrupación Profesional de Periodistas

ELECCION DE DIRECTIVA Y DE VOCALES DEL JURADO MIXTO DE PRENSA

En cumplimiento de los acuerdos adoptados por la junta general ordinaria celebrada el pasado domingo, el día 17 de los corrientes, también domingo, se verificará la votación simultánea para proveer todos los cargos de la Directiva de la Agrupación Profesional de Periodistas y los puestos de vocales y vocales suplentes del Jurado mixto de Prensa.

La votación se celebrará durante las horas de diez de la mañana a cinco de la tarde, en que comenzará el escrutinio de los sufragios emitidos.

Para mayor comodidad de los afiliados, la Mesa electoral se instalará en los sótanos del Palacio de la Prensa.

Convocatoria a elecciones en la Agrupación Profesional de Periodistas. («Heraldo de Madrid», 15-4-1938).

Extremadura. Si alguien caía a un barrero le era imposible salir. Y los barreros se hicieron trágica y tristemente célebres después de abril de 1939.

Villarrobledo era el centro económico y de población más importante de las comarcas circundantes. Si parte del año había trabajo para obreros agrícolas, artesanos, albañiles y campesinos pobres y medios hasta recibir jornaleros del exterior, en otras épocas se extendía el paro y el pueblo daba una cifra de emigrantes. En el orden social había un buen deslinde: a un lado la Casa del Pueblo, al otro, el Casino de los ricos. En este ambiente la numerosa familia de Navarro empezó a trasladarse a Madrid y a él mismo le llegó también el turno.

En la capital trabajó Navarro como dependiente en la Cooperativa Socialista. Su actividad en la juventud no le llevó a enfrentarse con la dirección de ésta en Madrid que, como la Nacional, sostenía la imperante línea de Besteiro-Saborit. Tal oposición terminó con la expulsión de las J.J.S.S. de una treintena de afiliados, entre ellos Navarro. La salida de las Juventudes acreó a éste igualmente su despedido en la Cooperativa.

Estaba adherido Navarro Ballesteros a la Asociación de Dependientes de Comercio y Empleados de Oficinas. Este sindicato había sido excluido de la UGT, con otros veintiocho y durante varios años, a raíz del Congreso de 1922. La Asociación no había dejado nunca de tener dirección comunista y las votaciones en asamblea eran invariables: 120 votos en favor de la directiva contra 15 de la minoría socialista.

La combatividad de los dependientes venía de principios de siglo. El número de sindicados era varias veces el total de



EL PESIMISTA

¡GUERRA SIN CUARTEL AL PESIMISTA! SUS ARMAS SON EL LLEVAR EL DESALIENTO AL PUEBLO ANTIFASCISTA.

Cartel del pintor y dibujante Ramón Pujol, hecho durante la guerra.



El cineasta Roman Karmen trabaja en el frente.

los que acudían a las reuniones generales. Estos eran quienes a la hora de cierre de zapaterías, tiendas de telas, papelerías, etc., quedaban libres. En el ramo de alimentación era distinto. Las tiendas no cerraban más que los domingos por la tarde y los dependientes descansaban en ellos sólo de cuatro a ocho. Una vez cada quince días. Dormían en las trastiendas y, en los ultramarinos, lo más frecuentemente lo hacían sobre las sacas de bacalao y al lado de las tinas en que los quesos manchegos se impregnaban de aceite. El trabajo empezaba entre dos luces y no cesaba en el interior del establecimiento después de cerrar éste. Nadie podía tener dinero en su poder. El patrono llevaba un cuaderno donde anotaba los salarios y las cantidades entregadas a su titular a cuenta por cada compra o caso concreto. Hasta su marcha definitiva no recibía el dependiente la liquidación total.

Los patronos tenían muy en cuenta las opiniones de sus empleados, consideraban la

Casa del Pueblo como cosa de Satán y los dependientes tardaban mucho tiempo en entrar en contacto con la Asociación. Lo hacían subrepticamente en la permanencia durante las tardes domingueras de descanso, donde, después de pagar, rompían carnets y sellos. Explicaban allí su situación de trabajo y el Sindicato se cuidaba de que, de una forma u otra, fueran atendidas las reclamaciones expuestas. En este ambiente se había ido desprendiendo un movimiento sindical consciente entre los dependientes; transportado al terreno político se expresaba ya en la existencia de un contingente de los mismos en la Juventud Socialista de España, según informe presentado al Congreso Internacional de Stuttgart en 1907.

En la Asociación de Dependientes recibió Navarro su primera gran lección periodística. En la primavera de 1930 tuvo lugar una asamblea extraordinaria. Se debatía la moción de censura presentada contra el director de «La Vanguardia Mercantil», mensual del sindi-

cato. Atacantes eran los socialistas y los comunistas defendían al encausado. El periódico había publicado ya algunos pequeños trabajos de Navarro, por lo que éste seguía con doble interés el duelo oratorio. Cerró el turno de intervenciones José Baena (1) quien respondió al último reproche que se hacía a la mayoría sindical. «El sindicato —argumentó— lo crearon los marxistas y no los socialistas como decís. Nosotros —prosiguió— que estábamos en el PSOE, nos separamos de él al comprobar que éste había sido ganado por el oportunismo y creamos el Partido Comunista». Se votó en medio de un gran escándalo y no menos entusiasmo confundidos. El resultado fue semejante al de siempre. Navarro Balellesteos se había pronunciado, por primera vez, con la mayoría sindical.

No pasó mucho tiempo sin que se diera otro hecho públi-

(1) José Baena fue elegido miembro del Comité Central del Partido Comunista en su II Congreso de 1922.

co y sintomático. Los sábados por la tarde recorrían las calles madrileñas nutridos grupos, de jóvenes en su mayoría, que a voz en grito ofrecían «¡Rebelión!», el «semanario de obreros y estudiantes» recién aparecido. El grupo «¡Rebelión!» reunía a miembros de la FUE, republicanos federales y del nuevo partido radical-socialista, a antiguos jóvenes socialistas expulsados como Navarro Ballesteros. Sus componentes trataban en colectivo sobre orientación del número siguiente, distribuían la redacción de artículos sueltos, decidían sobre fotos y dibujos, discutían acerca de la confección, difusión, etc. Era una escuela sistemática de periodismo. Algunos del grupo «¡Rebelión!», más pudientes o con más tiempo libre acudían también a la tertulia del Café Gijón, a la que, aparte de otras personas, asistían regularmente el panadero comunista Pablo Yagüe.



Pedro Checa.

En el mes de agosto de aquel año «¡Rebelión!» se encontró con su concurrente «Mundo Obrero». Puede decirse que no hubo duelo entre ambos en los primeros tiempos. El semanario «de obreros

y estudiantes» tenía ya conquistado un sólido prestigio, sus numerosos grupos de vendedores ahogaban la voz aislada de un difusor del nuevo periódico cuando pasaban ante él. Pero el último, que en su cabecera no ostentaba ninguna referencia a su carácter de órgano partidario, consolidaba también sus ventas, su influencia.

Un suelto de «Mundo Obrero» contra «¡Rebelión!» desencadenó una situación especial. En este grupo se planteó la cuestión de contestar, pero una parte no desdeñable de sus miembros se oponía a la respuesta. Después de acaloradas discusiones intervino Pinillos. Era partidario de no pasar aquello en silencio. Se votó. Pinillos quedó en minoría; sin embargo, tenía el poder financiero de la publicación y su voto era, por tanto, «de calidad». «¡Rebelión!» contestó a «Mundo Obrero» y la mayoría, con



El corresponsal de «Pravda», Mijail Koltzov (a la izquierda y de paisano), visita el frente.

la que iba Navarro Ballesteros, salió del Grupo.

«¡Rebelión!» vegetó un tiempo antes de desaparecer. «Mundo Obrero» continuó su publicación hasta que el número extraordinario que se preparaba para el aniversario del 7 de noviembre fue recogido, ya tirado, en la misma imprenta, a la vez que caía sobre el título su primera prohibición.

DIEZ DIAS QUE DISIPARON LAS SOMBRAS

El domingo 5 de abril de 1931 era la última gran jornada propagandística anterior a las votaciones. Estas habían sido

convocadas para elegir los ayuntamientos. Cualquier grupo de ciudadanos podía hacer acto de candidatura. El Partido comunista realizó su campaña electoral y en bastantes lugares presentó listas independientes.

El mitin convocado en el Cinema X de Madrid para ese día rompía la clandestinidad en que tal formación se encontraba desde 1923. La sala del Noviciado, llena en patio de butacas, anfiteatro, pasillo y vestíbulo reunía a mil quinientas personas. El presidente expresó su satisfacción por la asistencia e invitó a ésta a la adhesión orgánica. Presentó a los oradores. El último era Etelvino Vega quien, a pesar de ser ya hacía meses secretario na-

cional de la Unión de Juventudes Comunistas ostentaba allí la representación del Partido. Y para hablar en nombre de la UJC había sido designado Manuel Navarro Ballesteros.

Lo ocurrido en el Grupo «¡Rebelión!», la huelga general de Madrid subsiguiente a los sucesos de Alonso Cano, la actividad de las fuerzas que se movían bajo el influjo del llamado Pacto de San Sebastián, decidieron a cerca de medio centenar de antiguos miembros del Grupo Pinillos y de contertulios del Café Gijón a ingresar en el Partido y en la Juventud Comunista. Entre ellos estaban Navarro Ballesteros y un delineante de Cuatro Vientos llamado Pedro Checa.

Navarro cayó en el torbellino de los acontecimientos. Fue detenido con ocasión de una razzia nocturna por los días de Jaca. Su estancia en la Modelo de Madrid duró hasta que, a fines de marzo, fueron liberados los miembros del Gobierno provisional. En la cárcel entró en contacto directo con otros comunistas, reclusos como él en las galerías destinadas a los presos políticos. Discutió, conoció a muchos personajes del que pronto sería Nuevo Régimen. Estudió y, al salir en libertad, fue designado para formar parte del Comité Nacional de las Juventudes Comunistas.

En casi todos los colegios hubo votos, aunque pocos, para las listas comunistas. El epílogo de la jornada electoral madrileña fue el ametrallamiento en Recoletos de una manifestación al anochecer del lunes 13. A la mañana siguiente los funcionarios de Comunicaciones seguían en el Palacio de Cibeles las noticias que llegaban: Eibar, Barcelona... A las tres de la tarde eran ellos a su vez quienes tomaban la iniciativa e izaban la bandera tricolor en el edificio. Madrid se echaba a la calle.

A eso de las ocho de la noche unos grupos descendían por la calle Espartero. Se rea-



Trifón Medrano.

grupaban en la confluencia con Mayor y levantaban una bandera roja a casi cuatro metros de altura. Al canto de «La Internacional» marchaban hacia Sol, penetraban en la multitud alegre, esperanzada, gozosa. De ellos no surgían vivas ni mueras ni consignas; a nadie se increpaba por los serios manifestantes. Estos llegaban a nivel de Gobernación. Su bandera roja decía a los más enterados de aquellos ciudadanos quiénes eran los que se comportaban de manera diferente. Como la corriente del golfo atraviesa el Atlántico, así cruzaba la manifestación comunista entre la masa agrupada en la calle de Alcalá. Cuando acababa la última estrofa del canto se recomenzaba el himno. En la confluencia con la Gran Vía la multitud se hacía menos densa. El cortejo comenzó a verse en su verdadera dimensión del aproximado centenar y medio. Dispersión. El grupo

en el que iba Navarro Ballesteros se dirigió por la calle Marqués de Valdeiglesias, donde se disolvió también.

A pesar de las machaconas y repetidas declaraciones del ministro de la Gobernación, los comunistas desarrollan su organización más o menos legalmente, según se les impone. Avanzando ya el verano tiene lugar en el último piso de una obra en construcción de Legazpi, una conferencia de la Juventud Comunista de Madrid. Más de cuarenta asistentes llevaban la representación de un número de células que sobrepasaba los veinticinco. Para canalizar ese crecimiento se había reagrupado hacía poco a esas organizaciones en cuatro subradios bajo la dirección del Comité de Radio. Ya no bastaba. Ahora se proponía transformar los subradios en verdaderos radios, crear dos nuevos —Carabanchel y Vallecas— y que el Comité de Radio se

transformase también en Comité Provincial. Los jóvenes delegados, entre quienes se contaban Andrés Martín y Mariano Calvo del Subradio Oeste, Ferrer y Joaquín de Grado delegados del Norte, el estudiante Cuartero y el panadero Antonio Díaz González entre la representación del Este, Trifón Medrano en la del Sur, intervenían eufóricos por el aumento incesante que les rodeaba. Todo eran cuestiones de estructuración. Allí había miembros de células juveniles de empresas: Comercial de Hierros, Boetticher y Navarro, Ferroviarios del Norte. Se contaban entre los conferenciantes cocineros, empleados de seguros, parados, tipógrafos.

El cielo optimismo duró hasta que el delegado del Comité Nacional, Navarro Ballesteros, intervino para centrar los debates. Se quejó de que no se hubiera hablado hasta entonces más que de cuestiones de



El cronista de guerra Clemente Cimorra (primero por la derecha). Ante el grupo, un prisionero italiano.

organización postergando las políticas. Y atajó el criterio deslizado por alguno de que «estábamos en período prerrevolucionario». Añadió: «No camaradas, desde el 14 de abril estamos en plena Revolución.»

Atardecía cuando abandonaban espaciadamente aquella obra los jóvenes reunidos. Al contrario de lo usual, el último en hacerlo fue Guillén (2), entonces secretario del Comité del Partido en Madrid. Antes de traspasar la valla de la obra saludó a su padre —el guarda— que acudió a su encuentro. Nadie había visto a éste ni por la mañana al entrar ni ahora a la salida.

ENVIADO ESPECIAL

Al descender Higinio al patio de la quinta galería en la cárcel Modelo se encontró con el nuevo ingreso: Navarro Ballesteros. Terminaba éste los días de «chapa», es decir, los que había permanecido aislado y sin salir de celda. Higinio estaba entre los comunistas que habían sido detenidos en la preparación del 1 de Mayo de 1932. La manifestación se había formado en Cibeles a pesar de la prohibición del ministro. Atacada repetidamente por los guardias logró rehacerse hasta llegar a la Puerta del Sol con la bandera roja desplegada. Los choques habían sido duros. Ochenta manifestantes fueron encarcelados.

Cuando Navarro pudo relacionarse con sus camaradas en el patio ya había pasado la huelga del hambre sostenida en reivindicación del régimen político, que entonces no se aplicaba a los «sociales» comunistas y anarcosindicalistas —de la quinta galería—. Navarro había ido a Sevilla al IV Congreso del Partido celebrado allí, en el Parque de María



Antonio Coll.

Luisa, del 17 al 23 de marzo, en su doble calidad de miembro de la dirección juvenil y de corresponsal de prensa. Sus crónicas y artículos eran de aparición irregular, ya que sus periódicos —«Mundo Obrero», «Mundo Proletario», «Frente rojo», «La Palabra»— tenían una aparición irregular y alternativa, al ritmo de las suspensiones gubernativas.

Al terminar el Congreso, Navarro quedó en Sevilla para hacer información acerca de los sindicatos, de las experiencias del movimiento obrero, de las luchas campesinas. Y al llegar el 1 de Mayo, «cubrió» la manifestación como periodista. Al igual que en Madrid, el desfile fue prohibido en Sevilla, lo que no impidió que éste se celebrara todo el tiempo y en la forma que los trabajadores quisieron por entre las calles y callejas que daban a la Macarena y a la calle de San Luis. Estas eran demasiado estrechas para que los guardias de asalto pudieran manejar sus camiones debidamente. A la cabeza de la manifestación estaba José Díaz y, a su lado, Navarro. Lo cual acarreó que, terminada la jornada, ambos y toda una serie de dirigentes

políticos y sindicales tuvieran que ocultarse. En aquella época, los informadores obreros no podían alegar su carácter de servidores del interés público, ni tenían estatuto profesional, ni mucho menos recibían chapas, distintivos o carnets acreditativos de su misión.

Condujeron a Navarro a un refugio en las cercanías de Amate. Era una casita habitada por una mujer, ya cargada de espaldas, de movimientos lentos y difíciles y que sobrepasaba los sesenta años. Trabajaba en su mismo hogar como pantalonera. Cada día recogían su labor terminada y le entregaban otra nueva. Cuatro pesetas por pieza cobraba con las cuales mantenía a su muy anciana madre. Vivían ambas con un viejo pariente que las ayudaba en los trabajos materiales, en compras y recados. Angeles se llamaba aquella mujer con quien el periodista confinado sólo cambiaba palabras sobre generalidades en los paréntesis de lecturas hechas en la sala-comedor o en el patinillo.

Al pasar de los días un hilo cálido y fraternal ligaba de más en más a Navarro y a Angeles Montesinos. Fue ella quien al fin rompió la tácita incomunicación. Demostraba estar ya al corriente de quién era y porqué estaba allí su huésped. Por primera vez trocó su aspecto de mujer batida por la vida, aunque de resignación tranquila, por un gesto resuelto y orgulloso de sí misma.

—Yo he sido —le dijo— anarquista durante treinta años. Hasta que Pepe, Barneto y los otros ingresaron en el Partido Comunista. Yo lo hice con ellos. Durante la vida de mi marido habité con él en un pueblecito de la provincia de Córdoba y por aquellas tierras desarrollaba mi labor con los compañeros. En aquella época conocí y encontré en diversas ocasiones a Vallina, al doctor Vallina. El y yo éramos muy considerados en nuestros me-

(2) Guillén era también directivo del Sindicato de Zapateros (UGT). Cayó muerto en 1933 por los disparos de los guardias de asalto en una manifestación contra la guerra y el fascismo desplegada entre Noviciado y Tribunal.

dios. Por lo que a mí se refiere te diré algo inusitado: en treinta años no fui detenida ni una sola vez. Ocurría que de tanto en tanto venía un compañero a anunciarme «que iba a haber jaleo». Esto podía significar una huelga, algún movimiento revolucionario o algo por el estilo. Entonces yo cogía la maletilla de asuntos personales y con mi marido ponía tierra de por medio hasta que el peligro había pasado. Muchas veces me he dicho porqué los compañeros obraban así conmigo, si es que me reservaban para algo importante.

Angeles Montesinos hablaba con emoción contenida de sus antiguos camaradas de ideal.

Solamente apuntaba el gesto mordaz al remontarse a los tiempos en que —fue su expresión— los «sindicalatas» empezaron a mezclar su tendencia con la pureza del anarquismo. Ella había seguido la Revolución de Octubre con gran interés en sus ya diez años de existencia. Después de haberse hecho comunista se entrevistó una vez más con el doctor Vallina. Angeles invitó a su viejo camarada de lucha a dar el paso efectuado por ella. Vallina respondió que no desaprobaba su conducta ni de quienes la habían acompañado en la opción. Pero él se sentía demasiado ligado en su edad y en su vida a las antiguas ideas.

Navarro pudo salir de su refugio y llegar a la provincia de Jaén. Esperaban sus camaradas apartarle de todo peligro al tiempo que devolverle a su actividad profesional. En efecto, el periodista visitó a los campesinos de Andújar, a los mineros de Linares y se preparaba a seguir la gira informativa... cuando fue detenido a causa de un mandato judicial procedente de Madrid. Se notificó a Navarro su procesamiento y prisión por un llamado «delito de prensa». Luego no pasaba semana sin que de nuevo cayeran sobre él procesos del mismo género, unos con prisión preventiva y otros con libertad provisional.

En la quinta galería se instalaban los comunistas en una vida político-cultural informal, pero no por ello menos intensa. Unas veces era el andaluz Adriano Romero (3) quien enseñaba el «Himno a los marineros del Mar Negro», construido sobre la música francesa del «Saludo al soldado del 17.^o»; otro día era Higinio quien entonaba la «Canción del prisionero», compuesta por él mismo durante sus días de cuarentena con la música de «La Internacional».

Entre diversas aportaciones se distinguió la de Navarro Ballesteros. A éste le asignaron una conferencia que desarrolló acerca del período de aparición de la *Vieja* «Iskra» («La Chispa»), es decir, entre el 11 de diciembre de 1900 y el 22 de diciembre de 1904. En ese tiempo se publicaron 52 números del periódico cuya redacción animaba Lenin. Al caer el título en manos de los mencheviques y, por lo tanto, defender la políticas de éstos, los bolcheviques sacaron un nuevo portavoz, «Vperiod» («Adelante»), que combatió sin cesar la plataforma de la denomina-



Madrid. Casas arrasadas por la aviación nazi.

(3) Adriano Romero fue elegido diputado el 16 de febrero de 1936. Detenido al final de la guerra pasó varios años en la cárcel. Al salir de ella escapó a la «libertad vigilada» y vivió en la clandestinidad. Pasó a Francia en 1949. Murió en el exilio en enero de 1979.

da Nueva «Iskra». La conferencia de Navarro, rica en precisiones sobre las ofensivas leninistas frente a «economistas» y mencheviques, por las enseñanzas que en ella entresacó de «¿Qué hacer?» y de «Un paso adelante y dos pasos atrás», mereció los plácemes de sus auditores.

HACIA LA CUMBRE

Diez mil personas se apiñaban el 2 de junio de 1935 en el Monumental Cinema de Madrid y en sus alrededores para escuchar al secretario general del Partido Comunista, José Díaz. La situación política en España había llegado a un momento decisivo. La derecha no había renunciado a su intento de conducir al país al fascismo por la vía «seca» o «polaca»; había consolidado las posiciones logradas a raíz de octubre de 1934. Pero la izquierda, y en primer lugar la clase obrera, se había rehecho rápidamente de la derrota; su demostración pública estaba en la concentración habida en Mes-talla (Valencia) el 26 de mayo en que Azaña tomó la palabra.

En el acto del Monumental se lanzó el histórico llamamiento a la constitución del Bloque Popular Antifascista. El discurso central de la reunión fue recogido por el periodista Manuel Navarro Ballesteros y gracias a él se ha perpetuado. No era aquella una reaparición profesional de su parte, pues, con las vicisitudes ya corrientes, la había continuado desde 1932. Hasta que al estallido del movimiento de octubre de 1934 fue suspendido de nuevo «Mundo Obrero».

Apenas cesó la huelga general de octubre en Madrid y con las fuerzas militares y represivas en plena acción en Asturias, se difundía el clandestino «Bandera roja» en toda España y, debe subrayarse, en Sama, en Turón, en Oviedo, etc. La aparición de este órgano

comunista no había cesado desde entonces y se proseguiría hasta el 2 de enero de 1936 en que reapareció «Mundo Obrero». En la gran cadena que aseguró la salida ininterrumpida de «Bandera roja», uno de los primeros y más importantes eslabones lo constituyó su redactor Navarro Ballesteros.

Vuelto a la luz «Mundo Obrero», Navarro ocupa en él un puesto destacado. Al triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, el periodista, que hasta entonces había estado marginado y discriminado entre sus colegas, encuentra abiertas las puertas de los centros oficiales. Puede

circular, inquirir y declinar libremente su identidad y el nombre del periódico que le emplea.

El desarrollo de la situación exige del diario nuevos medios, Navarro pasa a ser su redactor-jefe y bajo sus indicaciones trabajan ahora nuevos redactores y colaboradores procedentes del Partido, de las JJ.CC. y JJ.SS. que acaban de unificarse, tales el estudiante Cuartero y Segundo Serrano Poncela. Este, siempre a cuestas con su máquinas de escribir portátil, telefona diariamente su crónica parlamentaria, recogida taquígráficamente minutos antes del cierre. El secretario de redacción, Gonzalo



Madrid. El palacio de Liria destruido en noviembre de 1936 por «Junkers» y «Capronis».

Sanz (4) amplía su equipo. Ahora es Navarro Ballesteros quien tiene una parte decisiva en la designación de los enviados especiales, por ejemplo al Congreso de la CNT de Zaragoza, a la concentración del campo de maniobras de Oviedo el 5 de julio o a la Espartakiada de Barcelona. Fue a ésta el antiguo periodista, procedente del «Heraldo de Madrid», Mariano Perla, quien regresó, no con información de las pruebas deportivas si no con las crónicas acerca de la

(4) Cofundador del Partido Comunista Español. Firmante, en nombre de éste del acta de su unificación con el Partido Comunista Obrero Español en el Partido Comunista de España (S.E. de la I.C.).



Cornejo.

derrota de los sublevados en Cataluña.

EL CENIT

La prensa, como tantos otros aspectos de la vida del país, se transforma bruscamente durante las jornadas de julio. «Mundo Obrero» se convierte en un gran diario. A fines de octubre Nazario Cuartero cae en el frente de la Sierra.

A partir del 7 de noviembre la alerta es ininterrumpida en Madrid. Dos amenazas pesan sobre la ciudad sitiada: el peligro de ruptura en un sector cualquiera de la defensa y los bombardeos que, al ser clavados los atacantes ante las primeras casas, se hacen por días y por horas más destructores, mortíferos y frecuentes. Los «Junkers», «Heinkels» y «Capronis» lanzan bombas de 250 y 500 kilos. El día 19 se registran 80 muertos y 400 heridos, los 18 y 19 de noviembre hay 361 muertos y más de 500 heridos. En la fecha anterior las oleadas de aviones nazis habían durado desde las 9 de la mañana hasta las dos de la madrugada siguiente. Hay casas hundidas en casi todos los barrios.

Desde el anochecer del 16 de noviembre las «pavas» de la Legión Cóndor bombardean el Hospital de San Carlos, museos, bibliotecas. Ya es hora avanzada cuando el automóvil de «Mundo Obrero» contornea la Plaza de la Independencia y va a dirigirse calle de Alcalá abajo. Navarro pide al chófer que se detenga y éste lo hace al borde del terraplén central. Descienden él, seguido de Perla, del redactor-taquígrafo, del redactor-dibujante y del propio conductor. Los cinco hombres se diseminan por la gran acera, separados, sin intercambiar una palabra; se detienen y clavan sus miradas en la ciudad. A pesar de las consignas de evitar alumbrados se ve perfectamente la urbe, mejor que en pleno día. Las escuadri-

llas de «Junkers» acaba de lanzar innumerables bengalas sostenidas por pequeños paracaídas. El cielo presenta un fondo intenso de fuegos artificiales que allá, a lo lejos, hacia el Palacio de Liria, no son artificiales sino bien reales, como lo destacan las columnas de humo. El Palacio ha sido bombardeado y destruido, lo mismo que bloques enteros de casas hacia San Bernardo y la Corredera. Las víctimas civiles se cuentan por centenares. Por Alcalá, por Cibeles, ni un vehículo, ni una persona. Sólo el más profundo silencio. Pasan cinco, diez, quince minutos en la contemplación dolorosa, agarradora, de un Madrid que parece muerto. Es de nuevo Navarro quien, al fin, se dirige al auto e invita a proseguir el camino con un escueto: «Vamos».

El coche marcha despacio, bajados los cristales de las ventanillas, atentos sus ocupantes al menor ruido. Alcanzada Cibeles se gira hacia Recoletos. Súbitamente una voz da el «¡Alto!». Se detiene el vehículo y, pegado a un árbol, se ve aparecer un cañón de un fusil. La misma voz pide el «Santo, seña y contraseña». Habla el chófer, contesta el centinela y al responder de nuevo el conductor, el fusil aparece más grande junto con quien le maneja. A la orden de «¡Seguid!» son tres hombres armados quienes se dejan ver.

Los que se desplazan constituyen toda la redacción de «Mundo Obrero». Desde el 7 de noviembre no hay vida particular para sus componentes. Los cuatro periodistas trabajan, comen, descansan juntos, sin separarse un minuto en desconocimiento de los demás. Por decisión del periódico y del partido del que aquel es su órgano, Navarro Ballesteros ha asumido las funciones de dirección, supervisa la administración y está atento a la marcha de los talleres. Su consigna es la misma de los combatien-



De Santa Rita salieron los contingentes de presos para construir la cárcel de Carabanchel.

tes directos: defender Madrid, que ni un solo día falte el cotidiano a éstos y a la población. Si el primer día que esta redacción mínima tuvo a su cargo la salida del periódico éste apareció en tamaño «tabloide», el número siguiente ya recobró su aspecto normal. «Mundo Obrero» fue en aquellas semanas un informante y orientador precioso en la resistencia de la capital. Un ejemplo se dio en el caso de Coll y Cornejo. Fueron éstos los primeros que en sus sectores vencieron a los tanques enemigos con bombas de mano. Al ser presentada a toda plana la descripción de estas hazañas, la lección fue asimilada de inmediato y los carros alemanes e italianos dejaron de constituir la impotencia para los defensores de Madrid. No era fácil cumplir la misión recibida. Bien es verdad que a Navarro Ballesteros no le faltó en ningún momento el consejo de Pedro Checa, permanentemente instalado en su puesto del Comité Central.

La situación de Madrid dejó de ser crítica paulatinamente;

llegaron a los sitiados refuerzos militares y aprovisionamientos enviados por el Gobierno desde Valencia. «Mundo Obrero» fue igualmente fortalecido con nuevos redactores, se reclutaron otros entre mujeres e ineptos para el frente, el gran fotógrafo «Mayo» organizó su gabinete. El periódico volvió a difundirse por el centro, por Extremadura, por Andalucía y alcanzaba Levante y Cataluña. En el Pleno del Comité Central, celebrado en Valencia los días 5 a 8 de marzo de 1937, «Mundo Obrero» recibió el elogio de José Díaz. Navarro conducía la delegación del periódico y, como su representante, subió a la tribuna. Era para él el cenit de su carrera profesional, un ascenso en la consideración política en que le tenían sus camaradas.

PERIODICOS Y PERIODISTAS EN LA GUERRA

El Madrid sitiado se convirtió para el mundo en punto de mira y polo de atracción. Mu-

chos de los periodistas y escritores que llegaban a la capital visitaron a Navarro en la redacción o éste les entrevistó. George Soria, Simone Théry y Mijael Koltzov, Hemingway y el cineasta Karmen, entre otros, departieron con él. Fue conocido por diversas personalidades entre quienes se contaron senadores y diputados franceses e ingleses.

En aquellos meses, Navarro pasaba a ocupar un puesto entre los periodistas madrileños de primer plano: Jaime Menéndez, antiguo redactor internacional de «El Sol» y entonces redactor-jefe de «Política», José Luis Salado, director de «La Voz» y último responsable de la Agencia de noticias AIMA, el gran cronista de guerra Clemente Cimorra. Le acompañaban siempre en las asambleas y actos de la Agrupación Profesional de Periodistas compañeros que trabajaban en «Heraldo de Madrid», «Ahora», «ABC» —inspirado en aquel tiempo por Unión Republicana—, «El Sol», «Claridad» y en la oficiosa Agencia

«España», en el semanario «Estampa». En general, era designado Navarro como portavoz del Grupo OSR (Orientación Sindical Revolucionaria). Dentro y fuera de las reuniones era Navarro Ballesteros quien principalmente protagonizaba discusiones negociaciones y acuerdos con el animador del Grupo Sindical Socialista, José Robledano.

Casi toda la vida societaria de los periodistas tenía lugar en el palacio de la Plaza del Callao. Era una contradicción que bastantes afiliados al Sindicato no formaran parte de la Asociación de la Prensa. Para liquidar esta anomalía se tomó en asamblea general el acuerdo unánime de que quienes estuvieran en tal situación presentarían sus demandas individuales de adhesión a la última. Lo que cada uno hizo a través de la Presidencia de la Agrupación Profesional de Periodistas.

Se editaba «Mundo Obrero» en edición para los frentes que era, expurgada de cuanto no tenía un interés directo e inmediato para los combatientes, la reedición del número que acababa de aparecer por la tarde.

Había que añadir lo que en horas sucesivas llegara por agencias o directamente, de todo lo cual estaba encargado, hasta la hora misma del cierre en madrugada uno de los redactores. Y Navarro, después de la cena y antes de retirarse, tenía con el último y a este efecto un cambio de impresiones.

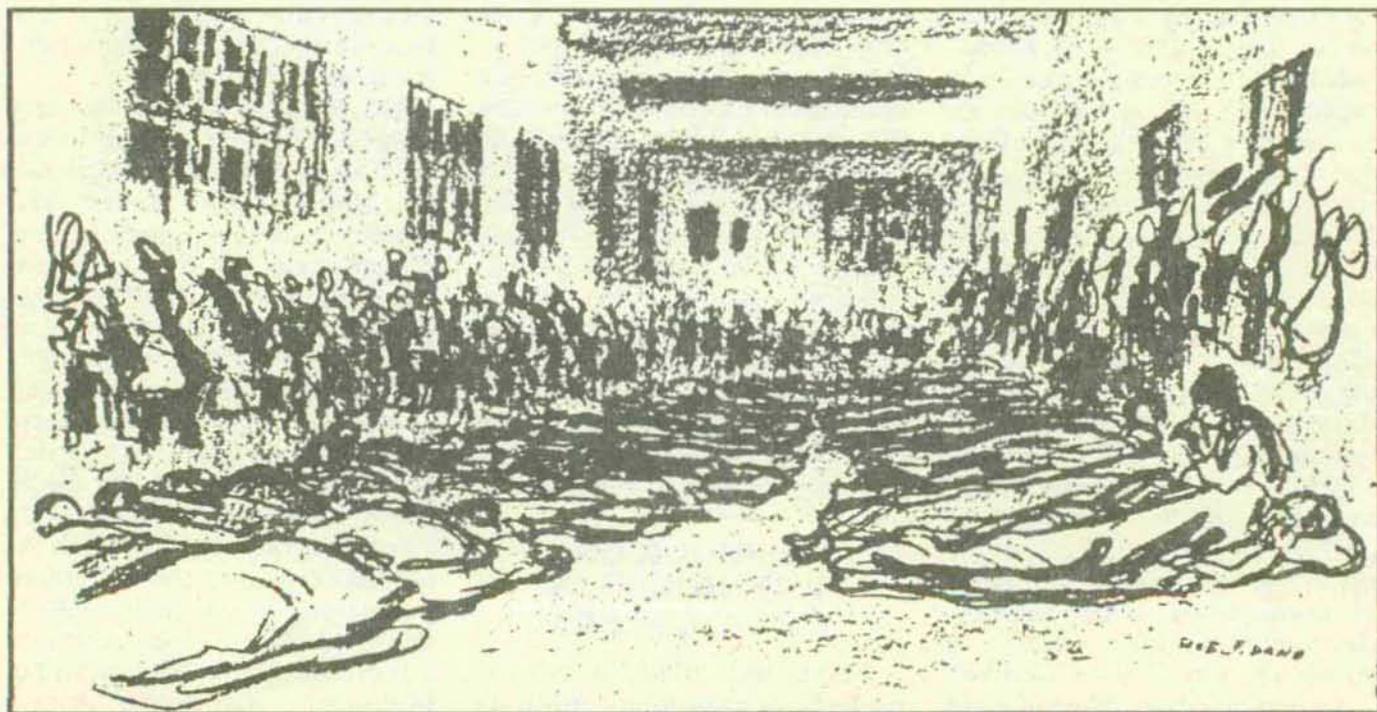
Súbitamente recibió Navarro la brutal noticia: uno de sus hermanos, más joven que él, había muerto en el frente de Levante. El teniente Navarro cayó al mando de su sección y el cadáver fue recuperado en el contraataque. Este fue enviado a Madrid por el mando militar a fin de rendirle los honores correspondientes.

Firmado el acuerdo de Munich entre Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier en 29 de septiembre de 1938, después del desmembramiento de Checoslovaquia, arreciaron los intentos interiores y exteriores para «liquidar» el llamado problema español. La batalla del Ebro, comenzada el 25 de julio había terminado el 15 de noviembre.

En Madrid, en la zona centro-sur, seguía la labor de preparación con vistas a una

mejor resistencia. Por lo que se refiere a las artes gráficas sucedió que las antiguas sociedades de oficio acordaron aglutinarse en un Sindicato Provincial. La Agrupación Profesional de Periodistas, integrada en la UGT pasaba, junto con el arte de imprimir, impresores, encuadernadores, fotograbadores, etc., a encuadrarse en la nueva organización de industria. Y puede decirse que con su participación en las elecciones para escoger la común directiva, los periodistas madrileños realizaron su última actividad social pública antes de que desaparecieran sus propios periódicos y ellos mismos como profesionales.

Marcharon los acontecimientos hacia el mes de marzo de 1939, hacia el día en que el periodista Manuel Navarro Ballesteros experimentó por sí mismo, en el campo de los Almendros y en Albaterra, lo que significaba «reír la primavera». Otra vez vivió tal risa en Santa Rita y la de su «tercera primavera» fue cortada cuando le sacaron del antiguo Reformatorio para su fusilamiento, en ejecución de una sentencia implacable. ■ M.I.



Una de las miles de salas, galerías o brigadas de las cárceles franquistas. Robledano dibujó la de Valdenoceda en 1941.